

# ARTE★LETRAS ESPECTACULOS

**E**N rigor, no se puede hablar de "Renaldo y Clara" como la primera obra cinematográfica de Bob Dylan, tal como ha sido presentada en España. Hace casi quince años, durante su etapa más tempestuosa, realizó "Eat the document", película para la televisión que nunca fue estrenada. Y el "Renaldo y Clara" que nos ha llegado no es más que un brutal resumen —una hora y treinta y cuatro minutos— del original, que duraba casi cuatro horas y fue un resonante fracaso comercial.

La versión corta de "Renaldo y Clara" es aún más desconcertante que la primera. Y ni siquiera las aclaraciones del autor sirven de mucha ayuda. "Renaldo y Clara" iba a ser el típico documental de actuaciones filmadas más escenas de la vida en una gira. Previsiblemente, las andanzas de la Rolling Thunder Revue estarían llenas de interesantes situaciones e incidentes: Dylan volvía a los escenarios con una troupe de veteranos folkies y jóvenes rockeros, actuando de forma imprevista en pequeños auditorios durante el invierno de 1975-76. Pero no pudo resistir la tentación de explicarse a través del celuloide. Un noble intento que queda reducido a un largometraje para uso personal de enojosa opacidad.

Y, sin embargo, los fragmentos de los conciertos son espléndidos. Durante la Rolling Thunder Revue, Dylan hizo la música más desgachada de su muy irregular carrera. En la película, esa mélé del violín zingaro de Scarlet Rivera, la guitarra dura de Mick Ronson, los maullidos campestres de la "steel guitar" y las voces de todo el mundo tiene sentido: las cámaras captan la camaradería de los participantes, el ambiente entre circense y teatral de la Revue, la expresividad sabia de Dylan como vocalista (con derroche de primeros planos cortos). Claro que las abundantes filmaciones en el escenario están subordinadas al nebuloso concepto del director-actor, que las ha montado según el valor simbólico de determinada canción o como apostillas a situaciones y personajes.

Las fantasías sobre Dylan-persona filmadas a lo cinema-verité ocupaban la mayor parte del

## "Renaldo y Clara": Bob Dylan, en primer plano

DIEGO A. MANRIQUE

*"Sobre mi película, te diré que trata de la esencia de un hombre que está alienado de sí mismo y que, para liberarse, para renacer, tiene que salir fuera de sí mismo. Podríamos decir que Renaldo muere y por la fuerza de su voluntad vuelve al mismo cuerpo. Clara representa para Renaldo todo lo que ha querido en el mundo material. Pero las necesidades de Renaldo son pocas, aunque él no lo sepa al principio. Sólo necesita una guitarra y una calle oscura. Una guitarra para la música y una calle oscura para esconderse del demonio que lleva dentro. Pero todos sabemos que no puedes esconderte del demonio interior. El termina descubriendo que, de hecho, el demonio es el reflejo en el espejo del mismo Renaldo. Esa es nuestra película" (Bob Dylan, 1978).*

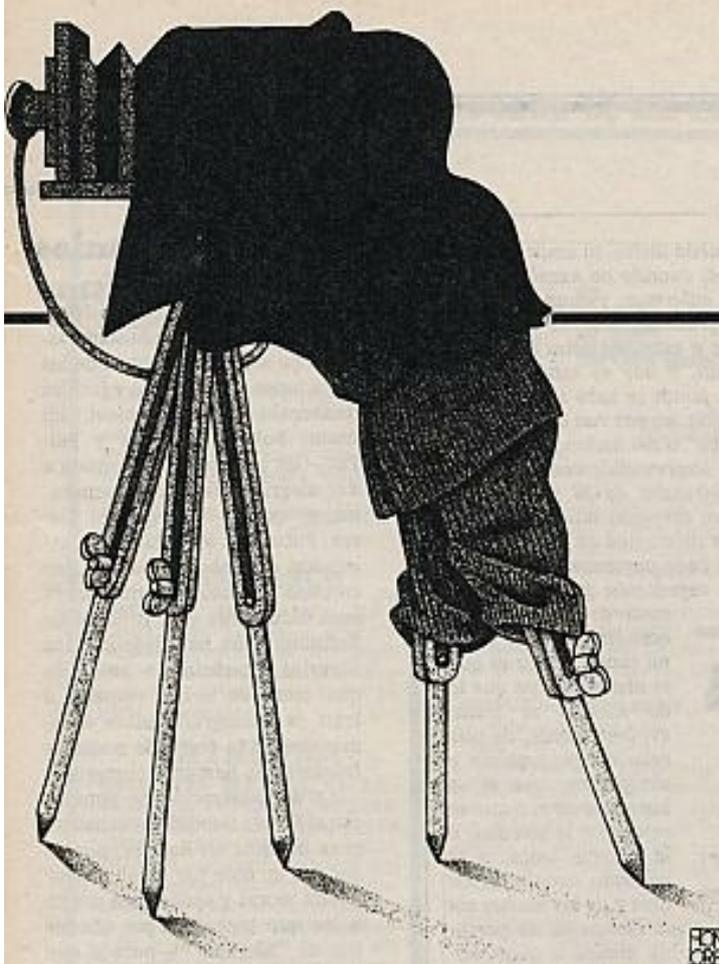
Bob Dylan.



"Renaldo y Clara" primigenio. Cribadas por las exigencias de los distribuidores, pasan veloces por la pantalla, hechas aún más incomprensibles por el intercambio de personalidades mediante el cual Dylan es Renaldo (Ronnie Hawkins hace de Bob Dylan) y Sara Dylan es Clara (Sara Dylan es representada por Ronnee Blackley). Todos ellos aceptan estos pasatiempos diseñados por el rey de la caravana, pero su confusión sobre el papel que les ha correspondido se hace palpable. "Renaldo y Clara" es un "home-movie", un film de "amateur" en el que los colegas, admiradores, empleados y amigos del autor —más algunos extraños que hallan por el camino— juegan a actores sin una idea muy definida de dónde concluye el teatro y dónde comienza la vida real: son especialmente embarazosas las escenas de Dylan y Baez especulando sobre su vida sentimental. Las cámaras jadean en busca de la acción y la espontaneidad se hace desconcierto.

En el montaje, Dylan ha intentado establecer conexiones entre la banda sonora, las partes dramáticas, las filmaciones de actuaciones, las escenas documentales y la carga mítica de figuras como Baez o él mismo. Tales asociaciones se quedan en lo obvio (Dylan visitando una reserva india en plan mesías mientras canta el "People get ready" de los Impressions como himno de esperanza) o en yuxtaposiciones enigmáticas. Incluso un realizador más experimentado no hubiera sido capaz de empeño tan ambicioso —reléase la parrufada del principio— con materiales tan inadecuados.

A no dudar, los dylanófilos extraerán otras conclusiones de este galimatías de imágenes, sonidos y pretensiones. De una forma muy propia, Dylan dio con "Renaldo y Clara" un salto en el vacío con un cine anticonvencional abundante en oblicuas revelaciones. Pero cargaba con el lastre de la inexistencia de planteamientos previos al rodaje y un desconocimiento —cuando no desprecio— por las reglas cinematográficas. La técnica del "laissez-faire" que tan hábilmente suele utilizar en los estudios de grabación le ha desbordado en el nuevo medio. Y tras el



nafragio de "Renaldo y Clara" sólo queda flotando precisamente la música. Canciones desnudas, dolorosas, afiladas, negras. Es decir, Bob Dylan sin torpes mensajes. ■

## LIBROS

### La impotencia como biberón

NUESTROS editores parecen andar aterrorizados con esta coyuntura de crisis, que más que coyuntura ya es algo estructural: motivo por el cual nuestros editores podrían arriesgar más de lo que arriesgan, porque da la impresión de que de la crisis no se sale a fuerza de amilanarse. Sin embargo, los nuevos autores españoles que logran ver publicados sus libros son excepción en un medio en el que priva la prevención, el medir tanto cada pasito que acaba por no ser dado. De momento, Pedro Zarraluki, nacido en Cataluña, con antepasados navarros y castellanos, ha conseguido que su primera novela esté en las librerías (1).

Adentrarse en la barroca, variopinta y con frecuencia enriquecedora prosa de Zarraluki

(1) "La décima sinfonía". Argos-Vergara, 1979.

mueve a ciertas reflexiones sobre lo que su generación puede aportar a nuestra narrativa. En lo estilístico, Zarraluki está claro que es autor pos-sudamericano, lo cual no debe ser interpretado como indicio de subordinación al "boom" aquel, sino como que hay una camada de jóvenes literatos españoles cuya atenta lectura, de cara a lo renovador del cotarro novelístico, seguramente ha tenido acentos de por allá. Y, en lo ideológico, Zarraluki escribe una novela plagada de humor, pero sobre todo de rabia impotente, de venganza imposible, de tremendos cabezazos contra la pared: estamos ante unos jóvenes —porque, pese a la originalidad de Zarraluki, toda la novela es guiño, consciente o no, a gente de su época— que han mamado la impotencia, que se han hartado de ver cotidianamente cómo el sistema tiene unas tragaderas que no se las salta ni un gitano ni un novelista por muchos jeribques lingüísticos que le eche a su labor.

Zarraluki crea un mundo perdido, "inocente", una aldea llamada Coneja, plácida bajo veinte soles y fronteriza del desierto que lleva a la civilización asesina, y la pluma del autor puebla Coneja de divertidos especímenes sacados lo mismo de una mala digestión que de un comic. Los prodigios a que asistimos en dicho

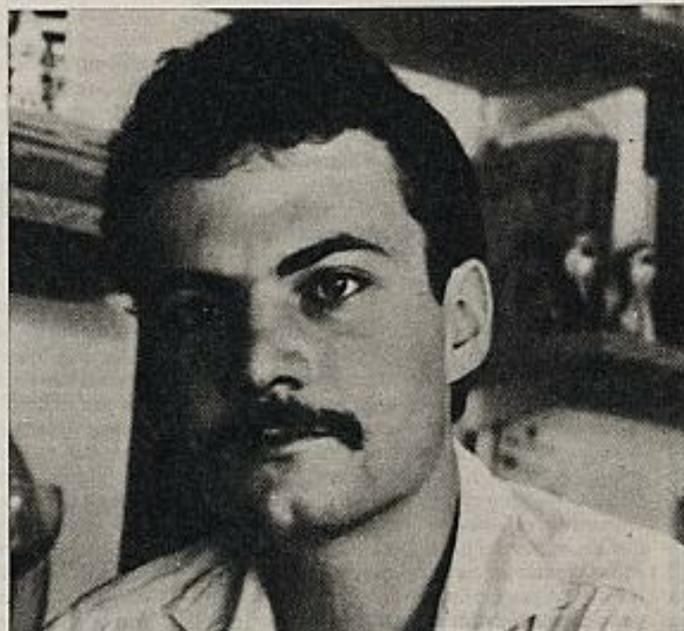
ámbito distan mucho de proponernos una visión roussoniana del asunto; en lo narrativo, siembran en el lector reminiscencias saludables de García Márquez, de Carpentier.

Y es curioso que la novela, acabada a fines de 1977, tenga cierto olor parecido a la recientemente publicada entre nosotros "Tebas de mi corazón", de la brasileña Nélide Piñón, en lo que se refiere a personajes estafalarios y actividades ejemplarmente ilógicas, o muy lógicas, si bien se mira. El otro polo de la atmósfera, el ideológico, entronca también con el discurso de una "Casa de campo", de Donoso.

Lo que "La décima sinfonía" tiene de menos cumplidamente elíptico, de más explícito, es lo que provoca que Zarraluki no logre una novela redonda. Es tam-

cha revolucionaria, sus novelas pierden fuerza, por mucha alharaca formalista que sepan urdir para sostener la trama. En Zarraluki hay a veces aspectos de la realidad española de hoy demasiado caricaturizados, es decir, reproducidos con cuña mecanicista para que entren a formar parte de la tesis de la obra, que no puede ser sino tesis de desespero, de batalla impotente contra la impotencia. Curioso este hiperpoliticismo en un miembro de una generación a la que la caricatura de la prensa pinta todos los días como pasota en la res publica.

La novela de Zarraluki pone de manifiesto muchas cosas esperanzadoras. Dice a las claras que hay gente joven por ahí, escribiendo. Escribiendo bien. Con enorme gusto y pasión por la es-



Pedro Zarraluki.

bién lo que ocurría con "Casa de campo", donde no hacía falta leer entre líneas para encontrarse con escenas como la de un corte de manos que recordaba el que sufrió Víctor Jara a cargo de los fachas chilenos. Cuando a Donoso y a Zarraluki se les escapa la alegoría, o el excesivo simbolismo parabólico, sobre todo al tocar el tema del poder y de la lu-

critura. Con sentido del humor. Con mala leche. Con los ojos atentos al presente, aunque aparentemente narren fábulas intemporales. Este chaval (hay ya que decirlo: nació en 1954) tiene cualidades de escritor: ganas y aliento. Con eso puede hacerse mucho. Habrá más de un Zarraluki, en cuanto los editores quieran. ■ MIGUEL BAYON.